

Hotel Limbo

Mónica Lavín

Autora de libros como Café cortado o Despertar los apetitos y de libros de cuentos como Ruby Tuesday no ha muerto, entre otros, Mónica Lavín nos ofrece un adelanto de su novela Hotel Limbo, de próxima aparición bajo el sello de Alfaguara, donde vuelven a aparecer sus ángeles y sus demonios.

—Yo sé dónde vivió Burroughs —le dijo Sara.

Pero él sólo quería conocer la casa donde el escritor mató a su mujer. Sara insistía en visitar la de Orizaba y también la de Reforma. Lo llevó en su coche para descubrir junto con él que la de la calle de Orizaba era una extraña casa abandonada. Llegaron cuando salía un hombre dando tumbos. David sacó la cámara pero lo intimidó la mirada directa del hombre que salía con una botella en la mano. Era México. Y él tenía la piel absolutamente blanca, casi papel, y llevaba tenis nuevos y cómodos que delataban su extranjería. Sara le jaló la manga de la camisa suavemente. Debían irse, ya el hombre se acercaba a otro grupo que desde la miscelánea contigua los miraba.

—No es bueno ser extranjero —dijo mientras se metían al coche.

—Lo que no es bueno es tomar una foto así nomás.

David la miró sarcástico:

—Me vas a decir a mí.

Había filmado varias películas. Ninguna en México y Sara era su lazarillo.

—Tenías razón, sólo había que ir a Monterrey 122 —comentó Sara mientras miraba el edificio al que entrarían—. Aquí no se puede uno estacionar, siguió de frente y giró a la derecha en Álvaro Obregón.

—Debió ser bonito entonces —dijo David.

—Dudo mucho que sea el edificio donde vivió Burroughs. Por lo menos no se lo llevó el temblor del 85.

David miraba para todos lados, como si le arrancara historias al camellón de la avenida.

—Leí que solían tomar una copa en el Ku Ku, abajo del edificio. Ku Ku con K, no como el pajarito —sintió absurda su explicación.

David tomaba fotos de la entrada que estaba resguardada por una reja carcelaria.

—Antes seguro no era así —defendió Sara la agresión de la entrada.

—A lo mejor pusieron la reja después de que Burroughs mató a Joan —bromeó David.

Timbraron a la portería y Sara desplegó sus dotes de edecán bilingüe explicando al portero por qué estaba allí, quién era ese señor blanco como cuija cuyas manos largas venosas, parecidas a las esculturas de alabastro, había notado Sara. El portero los condujo al cuarto donde él vivía porque les quería mostrar un reportaje que recientemente habían publicado y que daba cuenta del asesinato ocurrido en el departamento 10 de ese edificio.

—A mi hermana le tocó, ella era portera antes que yo, pero ya murió —explicó al tiempo que extendía las hojas de *La Prensa* y que David observaba aquel cuarto con fotos de familia, el altar de una virgen, una repisa con vasos verdes, y que la voz de la mujer que salía de la cocina contigua lo tomaba por sorpresa.

—Vienen a ver lo del señor ese que mató a su esposa —le explicó el portero a su mujer.

—Perdón, señora. Ya la vinimos a interrumpir.

—¿Puedo tomar una foto a la casa? —le preguntó David a Sara quien tradujo a su vez.

La pareja sonrió mientras David dirigía la cámara hacia las paredes y luego a la página del diario abierto sobre la mesa.

Juan Soriano, *La ventana*Caspar David Friedrich, *View from the Painter's Studio, 1817*

—Aquí está el edificio —señaló el portero orgulloso de que su trabajo tuviera algo interesante que ofrecer—. Y ésta es la difunta —apuntó al rostro de Joan Vollmer marcado por un círculo de sangre en la frente.

A Sara le sorprendieron los ojos abiertos de la mujer. No debía tener más de treinta y cinco años.

—Y éste es su esposo —señaló a Burroughs que en la foto lucía desconcertado tras las gafas redondas.

—¿Se puede ver el departamento? —preguntó Sara.

—No hay nadie —dijo el portero.

—Qué mala suerte, el señor viene de tan lejos —insistió Sara.

El portero miró a su mujer como si solicitara su complicidad. El silencio se cuajó en el cuarto. David con las manos en las bolsas atendía sin saber muy bien cuál era el paso siguiente.

—¿No se tardan? —dijo el portero caminando hacia la puerta.

—Sólo nos tomará unos minutos.

—Nos abrirá si no nos tardamos —explicó Sara a David.

—Yo me quedo en la puerta de la calle. Si oyen el timbre salen de prisa.

—Descuide, no queremos que pierda el trabajo y le agradecemos muchísimo.

Sara y David siguieron al portero al segundo piso. El hombre abrió la reja del pasillo y luego de tocar con los puños en la puerta para cerciorarse de que estuviera vacío, abrió con su llave.

—Las tengo por seguridad —explicó justificando la intromisión en casa ajena.

—No tardaremos —confirmó Sara mientras el hombre bajaba por los escalones de granito rojo.

Cerraron la puerta tras de sí. El departamento era un tanto oscuro pero todo estaba en un orden perfecto. Una cómoda con un televisor, un sillón verde con una carpeta tejida en el respaldo, una mesa ovalada con bailarinas de porcelana. David miraba el espacio sospechando el sitio donde Joan se había colocado para que Burroughs probara su puntería.

—Era una fiesta, tuvo que ser aquí —llamó a Sara que ya espiaba las habitaciones.

—¿No quieres ver dónde dormían?

—No era su departamento, estaban en una reunión con los vecinos. Ponte allí —le ordenó señalando un pedazo del muro entre la ventana y la cómoda.

Sara sintió el muro frío traspasar la tela de su falda.

—Levanta la cabeza.

David le acercó una de las bailarinas de cerámica y se la colocó sobre la cabeza.

No había manzana, y los demás habían retado su puntería. Como su tocayo Guillermo Tell, le apuntaría al vaso con vino sobre la cabeza.

Sara acomodó la figura hasta que quedó firme sobre la coronilla. Se quedó muy quieta para que no resbalara.

—Te voy a disparar —dijo David desde el muro opuesto del salón y se ocultó tras la lente de la cámara mirándola, resguardado.

El sol librando el edificio contiguo, entraba taimado por la ventana. Sara era mitad sombra y mitad luz. Pero David no disparaba. Un silencio pastoso se instaló en la habitación de la muerte. Entonces Sara,

sin mover la cabeza que sostenía la figura y que presagiaba su fin, colocó sus manos en el escote y se desabotonó lentamente la blusa. David disparó sobre su torso a medio despejar. Sara se desplomó sobre el piso, la bailarina rodó contra la pata de la cómoda. David se acercó despacio y retrató el rostro de Sara que lo miraba con los ojos muy abiertos. Como aquella foto del diario.

Desde la silla de mimbre frente al balcón, absolutamente lejana de la habitación 301 y del pintor, Sara no sabía si era cierto lo que había pasado después, o era una escena de la película de David o un sueño suyo. David trajo un espejo rectangular de una de las habitaciones y lo puso con cuidado en el piso. Luego cargó a Sara que ya estaba desnuda. Tal vez ella se desnudó mientras él iba a la habitación, tal vez fue un error de edición, tal vez era una metáfora de la imaginación del asesino, o una cercanía con la muerte. David extendió con suavidad la desnudez de Sara sobre el espejo en el piso. La colocó de lado. Sus caderas se repetían en el espejo que las prolongaba. David apuntó de nuevo y disparó. Su propia figura con la cámara participaba de la foto. Los pechos de Sara se multiplicaban contra el frío del cristal y David retrató a la muerta. La tibieza de su cuerpo exhalaba su último calor. Una aureola de vaho se construía alrededor de la silueta de Sara. Sara no podía saber todo esto por eso dudaba si había visto las fotos, la película, si era su sueño. Porque entremezclada con el arrebato visual estaba esa sensación de abandonarse a sí misma, de estar a merced de otro, de ser espiada, poseída con la cámara que la excitaba. David buscaba ángulos y se acercaba con impudicia a la raja de sus nalgas como si qui-

siera penetrar con el ojo digital por aquella oscuridad que la contenía a ella. Y Sara sentía la viscosidad que se instalaba entre sus piernas cerradas apelmazando los vellos de su sexo. Con el rostro sobre el brazo no había manera de defenderse de la cámara agresiva que la hurtaba en esa muerte fingida. David de cuclillas a su lado retrataba el vientre y esa compostura de las piernas protegiendo su sexo y, con la cámara cada vez más cerca de Sara, retrataba su pezón acostado sobre el otro en el espejo, acercándose para que el rosa jengibre ocupara la foto entera. Su pezón duro contra el frío del espejo, duro por el ojo que lo irritaba, el doble ojo que le permitía perderse porque no reconocía la intención en la mirada que no podía ver. Era el ojo del asesino quien, hincado al lado del espejo, dejaba la cámara de lado y acercaba su lengua al pezón en el espejo, lamiéndolo mientras rozaba al real que permitía el reflejo. Lamía el brazo en el espejo y luego el de Sara hasta llegar a la axila y evitar el hombro para insistir en el omóplato hundido en el espejo, en la nalga y su paisaje de piel que en la lengua de David, recorriendo sus partes infinitas, la hacía sentir cuán pródiga en superficie de placer podía ser estando muerta, a merced del camarógrafo. Mientras más lamía él su pedazo en el espejo más sedienta se volvía su piel, más suplicante por los favores de la lengua en el cuerpo real caliente y no en el frío e inocuo, incapaz de secretar los jugos que escurrían entre sus piernas y que habían vuelto a su sexo un ente babeante, un ser ajeno, reclamador de las caricias del fotógrafo que no habría de prodigarlas. Su vocación era lastimar y para ello, era mejor no penetrar a una muerta. El daño ya estaba hecho. **U**

